

TRES HOMBRES EN EL CORAZON DE SU PUEBLO

Por: JOAQUIN MERCADO EGEA

*Archivero y Cronista Oficial de la Villa y Delegado
del Instituto de Estudios Giennenses*

I

EN los medios culturales giennenses es seguro que las figuras de Mariano Sanjuán, Jacinto Higuera y Paco Clavijo, no necesitan de presentación, pero al decidirme a iniciar este trabajo sólo pretendo traerlas de nuevo a la actualidad, porque, a mi modo de ver, merecen más fresca presencia en nuestro recuerdo y al tiempo, ir señalando algunas facetas inéditas de su personalidad.

Es evidente que Santisteban del Puerto ha labrado siempre, en cualquier tiempo y con un vigor impropio de sus posibilidades demográficas, la parcela artística.

Todavía, en estos tiempos de inconsecuente materialismo, donde todo parece problema de comida y automóvil, ahí están para demostrarlo, los ya consagrados: Modesto Higuera, acaso la figura señera de la dirección teatral en la España de los últimos tiempos; Jacinto Higuera (hijo), con sus indiscutibles triunfos en el campo de la escultura y la imaginaria. Ahí están, con su urgencia de ahora mismo, los pinceles de Soriano, Sánchez Albusac, Córdoba, Atienza o Romero Olid; Quesada en la escultura y la pléyade de enamorados de la investigación histórica, prosista y poetas, que ambientan con sus trabajos esta última hora santistebeña, prometiéndonos una abundante cosecha de triunfos.

Pero, divagando un poco, eso lo sabemos casi sólo nosotros y hay que reconocer que el Condado no vive en olor de popularidad.

Como hijo de esta noble tierra, siento sobre mi propia carne un continuo resquemor de olvidos. Ya lo he manifestado en otras ocasiones. El Condado podría definirse como un recodo en este ancho camino de la provincia de Jaén, y como todo recoveco necesita de la proximidad amorosa para ser apreciado en su justa valía.

Para estos cerros bermejos, para esta verde serranía que la jara blanquea cada primavera, todavía no se ha inventado la ruta. Una ruta que está ahí, trazada desde los siglos, llegando de la llanura manchega, y por donde caminó Aníbal y viniera Julio César; por donde anduvo la inquietud impenitente de Santa Teresa o se paseara la displicencia de Felipe IV.

El Condado, insisto, es como un viejo baúl de recuerdos escondido en el desván. De tarde en tarde es grato levantar su carcomida tapa y desempolvar su ruina milenaria: Sus pinturas rupestres, sus restos ibéricos, sus inscripciones romanas, las derruidas atalayas de sus antiquísimos castillos, su historia que duerme en los legajos amarillentos... Después, se cierra, y el Condado de nuevo acurruca, entre sus cerros, en la loma, en la llanura o en el otero, la sonrisa melancólica de sus casas blanqueadas.

Es posible que este aislamiento, en cierto modo no deseado, haya hecho de revulsivo y enfrentara a este hombre con problemas menos terrenos y de más altura y así buscara una acuciante expresión comunicativa de su esencia por los senderos del arte.

Sanjuán, Higuera y Clavijo son un claro ejemplo de lo que digo. La obra de los tres es, en definitiva, eso, pueblo, campo, intimidad, recodo... y en la otra orilla el astigmatismo de los otros y siempre un río o la montaña que nos esconde: Desde la «Sierra del Acero» a la «Muela de Chiclana» o desde las azuladas peñas del «Cambrón» al rojizo Guadalimar.

De todas formas, contra viento y marea, contra el mito del recodo y del baúl, el santistebeño, o mejor, la rumanidad toda del Condado, lucha con fe y a veces se impone.

Sesteamos un poco, como el clásico náufrago en la isla desierta, esperando el dulce maná del cocotero, pero al poco tiempo nos miramos en la luz de nuestro propio espejo y corremos al trabajo de cada hora o forjamos nuevos mundos contemplando en silencio las estrellas.

Esto es, en definitiva, algo más que pilonguería. Es auténtico amor de hombre y tierra, y eso, como tres llamativos cartelones, nos enseñan desde este rincón apartado: Sanjuán, Higueras y Clavijo.

II

MARIANO SANJUAN MORENO

Por lo que tiene de curioso, a mí siempre me llamó la atención el que los tres personajes citados fueran bautizados por las manos del mismo sacerdote: don José Curiel. Luego, ya no me resultaría tan extraño. Aquel don José, de procedencia gaditana, es evidente que pondría en su quehacer, y para que todo fuera bien en el futuro, la gracia toda del tanguillo y las salinas.

Don Mariano Sanjuán, y prosigo, nació en Santisteban del Puerto. Su partida de bautismo, inserta en el folio 56 vuelto del año 1871, revela una serie de circunstancias familiares que me obligan a copiarla íntegra. Dice: «...El 28 de Febrero de 1871, don José Curiel, Presbítero Coadjutor de esta Parroquia, con debida autorización, bauticé solemnemente un niño que nació el 27 de los corrientes a las doce y cuarto de la mañana y le puse por nombre Mariano, Manuel, Antonio, Baldomero, León, Alberto, hijo legítimo de don Juan de Dios Sanjuán y doña Margarita Moreno. Abuelos paternos don Mariano y doña Catalina Labrador. Maternos, don Manuel León y doña Magdalena Gonín. Padrino don León Moreno Gonín, soltero. El padre y abuelo paterno naturales de Castellar. La abuela paterna de Sorihuela, la madre de Arquillos, el abuelo materno de Granada, la abuela materna de Saint Chassón en Francia y el padrino de París...»

Esa amalgama de tierras, incluso esos aires del otro lado del Pirineo, porque parece que debieran haber condicionado el futuro de don Mariano hacia unos lejanos horizontes. No fue así. Pudo más, tuvo más fuerza, lo próximo.

Cursó el bachillerato en el colegio de San Antón, de Madrid, y temprana edad se licenció en Derecho en la Universidad de Sevilla.

Influencias familiares, del ambiente, y sobre todo, su idea de servicio a la Patria, le llevan al campo de la política, militando en el Partido Liberal. Fue elegido diputado a Cortes por el distrito de La Carolina. En 1905 y 1906 fue gobernador civil de Huelva y Ciudad Real, y en 1912, senador, también por Huelva. Más tarde se le designó para el Gobierno de la provincia de Segovia, y aunque se dijo que no pudo aceptarlo por sus muchas ocupaciones, es bastante más probable que ya no estuviera en su ánimo continuar en algo que no era su verdadera vocación. Es claro que aquel Gobierno Civil de Segovia era por entonces una auténtica canongía, porque no puede olvidarse que La Granja albergaba cada año a la familia real.

Casó con doña Dolores Madrid Cobo, que también traía su bagaje político-literario: Era hija de don Eugenio Madrid Ruiz, el «Castelar de la Loma», como se le motejaba, también hijo ilustre de esta villa, gran orador y excelente poeta.

Don Mariano, desde 1894, estaba en posesión de la cruz de Carlos III. Perteneció a la Academia de Buenas Letras y Bellas Artes de Córdoba y, en junio de 1910, la Real Academia de la Historia le nombraba su correspondiente. (Es de resaltar que en el título, extendido con fecha 25 de junio, firman, como director de la docta Corporación, don Marcelino Menéndez y Pelayo; censor, don Manuel Fernández y González, y secretario, don Juan Catalina García.)

La pluma de don Paco Clavijo, con la emoción del último adiós, daba fe de su fallecimiento y escribía: «...No tenía enemigos porque no debía tenerlos y así en aquella tarde de su entierro, una tarde de marzo lluviosa y aterida, cuando Alcalá Zamora, su gran amigo, despedía el duelo, una lágrima de intensa emoción hizo palpitar el corazón de la multitud, porque este mago de la elocuencia, más sincero que nunca, más cumbre, más ático, puso en el fuego bravío de su oración toda la sinceridad de una honrada vida que nos dejaba para siempre...»

Así ocurría en 15 de marzo de 1916.

Bien joven, pues, moría don Mariano Sanjuán, pero ya mucho antes de buscar este forzado regreso a la tierra, la literatura le había abierto de par en par las puertas del paisaje escondido.

Aparte de sus colaboraciones en diversas revistas, especialmente en la siempre añorada «Don Lope de Sosa», don Mariano nos lega el resultado de su trabajo, una obra escasa si se quiere, orientada hacia la investigación histórica. Tales son: «Estudio del Fuero de Iznatoraf», «Descubrimientos arqueológicos realizados en las cuevas de Castellar de Santisteban (Jaén)», «Santisteban del Puerto y su comarca (datos históricos)» y «Leyendas Históricas».

En el estudio del Fuero se resalta la importancia del código, no sólo por la que tiene en sí el documento, sino por las «consecuencias surgidas de sus disposiciones», se habla de las luchas de Villacarrillo y Villanueva del Arzobispo, por alcanzar su total independencia de la villa matriz, Iznatoraf (Anatorgis o Mons Terrens de la antigüedad). Y con todo ello nos presenta un amplio panorama de la vida de aquella comarca de tanto interés para la historia de la provincia: Real Provisión de los Reyes Católicos de 17 de mayo de 1480 diciendo «que el término de Iznatoraf confinaba con los de Beas y Chiclana de Segura por aquella parte»; determinación de Carlos V, en 1527 ordenando a Iznatoraf la celebración de una concordia con los pueblos comarcanos «para señalar sus términos»; fallo de la Real Chancillería de Granada de 23 de abril de 1534 indicando «que los alcaldes de Iznatoraf ejercían jurisdicción civil y criminal sobre todos los habitantes de su territorio y que los de Villanueva sólo podían ejercerla dentro de los muros de la población»; sentencia de 23 de marzo de 1561, en la que el conde de Buendía, adelantado mayor de Cazorla, decía «que sólo a Iznatoraf correspondía dar licencia para hacer molinos, batanes, cortas y dejar pastar, porque Iznatoraf era la única villa propietaria del término concedido por Fernando III», etcétera.

Las «Cuevas de Castellar de Santisteban» es un folleto de cuarenta y dos páginas que contiene un informe, escrito en colaboración con don Diego Jiménez de Cisneros Hervás, fechado en julio de 1914, y que luego fue editado en separata del tomo LXVIII, cuaderno de febrero de 1916, del Boletín de la Real Academia de la Historia.

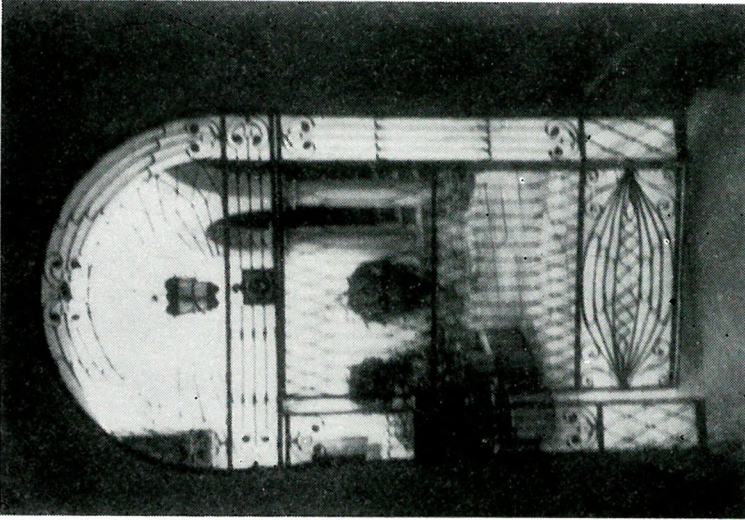
Consta este estudio de una introducción, en la que se precisan los motivos de la visita a las «Cuevas de la Lobera» o del «Viche»: Cumplimiento de un acuerdo de la Real Academia. Continúa con un capítulo dedicado a la situación y descripción de las mismas, acompañando un mapa-itinerario. Coloca después una amplia y detallada relación de los

objetos encontrados en este conocido santuario ibérico: Pasadores, fíbulas, exvotos, cerámica y otros. La gran mayoría de carácter ibero y algunos romanos. Y termina con una serie de consideraciones sobre la habitabilidad de las «cuevas» y con disquisiciones sobre la esquilación del santuario a través del tiempo. Son curiosísimas en este trabajo, las fotografías que avalan la diversidad y riqueza de las piezas arqueológicas halladas.

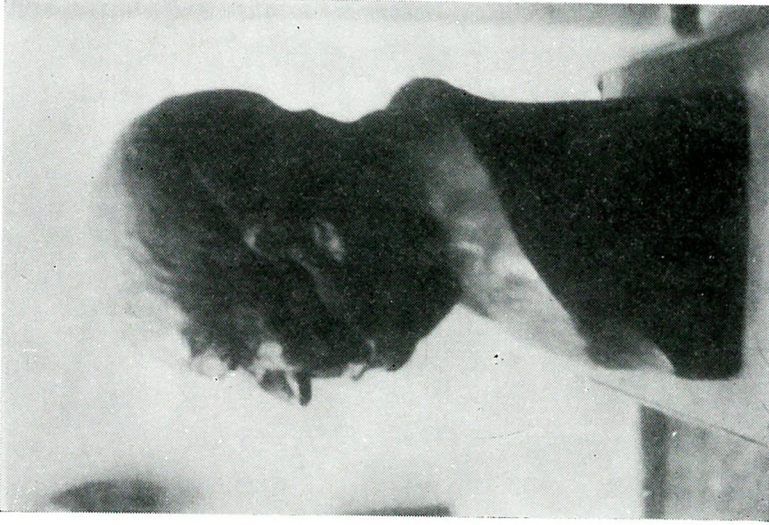
«Santisteban del Puerto y su Comarca.—Datos Históricos» está editado en Madrid, 1909. Consta de ciento cincuenta y cuatro páginas. En principio, coloca una dedicatoria del autor a la Real Academia de la Historia y un preámbulo, bajo el lema Ilucia-Ilugo, a modo de introducción, y luego dieciséis capítulos breves, en los que se trata de lo siguiente: 1.º Edad antigua: Hasta la época cartaginesa.—2.º Dominación romana.—3.º Diversos aspectos de esta dominación relacionados con las vías romanas y hallazgos de esta época en la comarca.—4.º Que continúa con el mismo tema.—5.º La invasión bárbara.—6.º La época visigoda y la árabe.—7.º El Cristianismo, reconquista, etc.—8.º El Condado y algunos personajes ilustres.—9.º Documentación de los Archivos.—10.º Sobre la Virgen del Collado y sus fiestas populares.—11.º Relaciones con la comarca, citas de otros documentos y más personajes ilustres.—12.º Edad moderna: Creación de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y sus consecuencias.—13.º Escritura de Concordia con la Casa Ducal de Santisteban.—14.º La invasión francesa.—15.º Sobre don Juan Manuel Subrié, Secretario en las Cortes de Cádiz.—16.º Con una breve miscelánea de diversos asuntos.

Estos «Datos Históricos» están escritos con esa honradez que siempre caracterizó a don Mariano. Nada allí se deja a la improvisación o a la fantasía. Si acaso pecan es de brevedad. Falta, eso sí, el capítulo relacionado con la prehistoria y con la época ibérica, cosa que no extraña, ya que el autor, por su temprana muerte, no llegó a conocer o no tuvo a su alcance, ni los hallazgos ni la documentación suficiente para ello.

El resultado de todo es, sin embargo, un libro ameno que se lee de un tirón y que indudablemente supuso una base muy firme para las futuras investigaciones. Lástima que hoy sea prácticamente imposible hacerse de un ejemplar. Yo al menos he podido recoger uno, que,



Entrada al que fue palacio de los Condes de las Infantas, donde transcurre parte de la leyenda de D. Mariano Sanjuán:
«El Salto de Regina»



«Veterano de la guerra de Africa:»
Cabeza clásica de Jacinto Higuera

en su día, y con gusto, donaré a la Biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses, con lo que aquel centro cultural aumentará el bagaje de la bibliografía relacionada con esta comarca.

De todas formas, y en mi particular opinión, lo más curioso de la obra de San Juan Moreno son sus «Leyendas Históricas». Quizá no alcancen, en la forma, la belleza de las famosas de Bécquer, pero tienen la sencillez y la gracia de las tradiciones populares y por supuesto no hace falta añadir que nuestro hombre las trató con verdadero mimo.

Consta esta selección de Leyendas de ciento veinte páginas, y editada en Madrid en 1916. Para más precisión, el libro se terminó de imprimir el mismo día en que fallecía su autor: 15 de marzo de 1916.

Siguiendo un orden de rigurosa paginación, encontramos al principio una dedicatoria que reza: «A MIS HIJOS. A vosotros que me habéis impelido a la publicación de este libro, a vosotros por quienes emborroneé las primeras cuartillas y por los que recogí del pueblo los variados reatos que tanto os agradaron de pequeños, dedico esta colección de Leyendas, cuya lectura os recordará en lo futuro la envidiable edad de los niños, y evocarán en vuestro ánimo aquellas impresiones que me llenaban de inefable satisfacción, viéndolas retratadas en vuestros infantiles semblantes».

Acto seguido se adentra en unas palabras al lector, donde nuestro hombre se siente más «pueblo» que nunca. Veamos algunos muy significativos párrafos: «...El cariño paternal ha cedido una vez más a los requerimientos infantiles, las primeras leyendas escritas no tuvieron otro objeto que el de entretener con su lectura a mis pequeñuelos durante las interminables veladas del invierno. *En los cortijos, alrededor de la chimenea, viendo arder los troncos de encina*, saboreaban aquellas tiernas inteligencias los manjares *cuyo primordial elemento nos era suministrado por las tradiciones de los pueblos comarcanos...*» «...Unidos estos deseos y manifestaciones *con mi constante criterio de que las tradiciones típicas de los pueblos envueltas con el carácter histórico, no deben desaparecer de sus respectivos países al través de los tiempos y de las vicisitudes de las futuras generaciones*, me han decidido a dar a la publicidad esta colección de —podemos decir— novelas históricas comprometidas, no obstante el convencimiento previo de la escasez de mis dotes literarias...»

«...Siendo el que esto escribe natural de Santisteban del Puerto, villa de la provincia de Jaén, población rodeada de variados y poéticos accidentes del terreno y rica en recuerdos del pasado, algunos inéditos y muchos publicados por la Real Academia de la Historia, no es de extrañar que, merced al ambiente, se hayan recogido y organizado en aquella comarca los principales elementos que constituyen los diversos temas de estas leyendas y llevan el sello imborrable del modo de ser y de pensar del país de donde proceden...»

«...Desprovisto de galas literarias y sin pretensión alguna por mi parte, no dejo de comprender que el presente conjunto de leyendas, servirá para conservar tradiciones populares, recuerdos de familia e impresiones recogidas en una comarca española, que a no publicarse, el tiempo iría esfumando hasta completamente hacerlos desaparecer. El que unas y otras se conserven es el único mérito de este libro...»

¡Para qué más ejemplo de amor sin límites al viejo terruño y de auténtica humildad, sin hipocresías!

Las «Leyendas» se suceden luego en número de nueve, con los títulos siguientes:

«En las Cuevas de la Lobera».—«La Encantada del Puerto».—«El día de San Marcos».—«La Fuente del Milagro».—«El corral del Cuco».—«El salto de Regina».—«El divorcio».—«El gato negro» y «El rosario de perlas».

En una opinión muy particular, para mi gusto, descuellan: «La Encantada del Puerto», «La Fuente del Milagro», «El salto de Regina» y «El gato negro». Simplemente porque en sus argumentos, alienta, viva y pujante, la vena de la pura esencia popular.

No me resisto a la idea de condensar los argumentos de las citadas.

«*La Encantada del Puerto*».—Los personajes: Abu Eben, un viejo moro agricultor y guerrero esforzado, y sus dos hijas: Zaida y Zoraida, ambas de singular hermosura. La escena: En el histórico castillo de San Esteban, en los albores de su reconquista; en el antiquísimo barrio pegado a sus faldas y de nombre sonoro: «Farrabullana», y una gama de sinuosos y montaraces caminos que llevan a la Cueva del Puerto. (Cueva de la Encantada es su nombre.) Abu Eben, acompañado de sus hijas, lleva a sus espaldas el tesoro de los árabes sitiados. Busca la cueva

que sólo él conoce y por los mil vericuetos de la estrecha vereda, donde crecen las zarzamoras y los endrinos, les va relatando como una noche calurosa de junio vio en aquel lugar, sobre las peñas, figuras inciertas que parecían llamarlo y que al tiempo oyó músicas extrañas sonar de trompetas, gritos desesperados y ladrar de jaurías. Las hijas sienten miedo y el padre también les confiesa el suyo, aunque ahora se vea acuciado por la necesidad.

Llegados al lugar, Abu Eben empuja la piedra que cubre la entrada y que obedece al ligero impulso de su mano. Las mujeres siguen asustadas al padre, que deposita su valiosa carga en una hendidura y en aquel preciso instante suena de nuevo el clamor de gritos, sonar de trompetería y ladridos desahogados. Corren atemorizados hacia la salida y, en su precipitación, el padre toca la piedra de la entrada y una de sus hijas, Zoraida, queda aprisionada con el tesoro para siempre.

Al día siguiente, las mesnadas cristianas, ya tomado el castillo de San Esteban, encuentran en un lugar próximo a la cueva, dos cuerpos humanos horriblemente mutilados. Sólo pueden comprobar que uno de ellos corresponde a un musulmán y el otro al de una mora, «en cuya cabeza podían aún admirarse los rasgos de una singular y extraordinaria belleza».

Don Mariano termina así esta leyenda: «...así la cuentan las viejas, asegurando que aquel suceso tuvo lugar en el mes de junio, en la noche de San Juan, y que todos los años la misma noche y a la misma hora, se oyen desentonados gritos, tocar de clarines y trompetas, y ladridos de jaurías, y que una dama mora pasea por aquellos vericuetos ricamente alhajada con las riquezas que en aquel sitio depositó Abu Eben, y que, según la tradición, parece buscar a su padre y a su perdida hermana...»

Todavía el pueblo adorna aún más este final con la morena fantasía de la prisionera Zoraida, sentada sobre las peñas, ricamente enjoyada, peinando la suavidad de sus cabellos bajo la luz de la luna en la misteriosa noche de San Juan.

Con motivo de la celebración, en este año, del V centenario de la fundación del Condado, el Ayuntamiento de esta villa ha editado una escenificación de esta leyenda de la que es autor don Francisco Olivares, y de la que pronto esperamos su representación.

«*La fuente del Milagro*».—Don Mariano hace de protagonista de esta leyenda a don Rodrigo de Benavides, hijo de don Diego IV, conde de Santisteban. Estamos en el último tercio del siglo XVI. Después de su agitada vida, vuelve don Rodrigo a sus viejos lares. Ha regresado enfermo y achacoso, pero todavía quiere demostrar a sus paisanos la pujanza de su pasada juventud. Se organiza una cacería en su honor y las jaurías y los ojeadores parten del Castellar hacia Santistebn. Nuestro hombre distingue entre las piezas acosadas un magnífico ejemplar de ciervo. Con la emoción a flor de piel, prepara su arco, lanza su flecha y el animal cae como fulminado, desapareciendo de su vista al deslizarse por un profundo barranco. Termina el ojeo y no puede hallarse la pieza herida de muerte.

A la mañana siguiente, don Rodrigo se encuentra gravemente enfermo. La impresión de la anterior jornada parece haber acelerado sus dolencias. Los médicos desconfían de su salvación y todo en el palacio de los condes es desolación y angustia. El capellán le administra el Santo Viático y el pueblo entero espera el fatal desenlace.

De pronto, y ante la extrañeza de todos, se oyen los acordes de una cítara y una potente voz canta el siguiente romance:

El hijo del noble Conde,
fiel a su Rey a su dama,
defensor de cien castillos
y dueño de aquesta plaza,
dicen dueñas y escuderos
que no existen esperanzas
de que le salven la vida
como milagro no haya.

¡Bien saben los Benavides
que su religión los salva,
y que la misma los guía
en la paz y en la batalla!

Si oyeres la voz del cielo
y tristezas alejaras,
presto juro que estarías
al frente de tus mesnadas.

Tu ciervo no se ha perdido,
quedó oculto en unas matas,
y se marchó a refrescar
sus fauces ensangrentadas
en una fuente que hay
del Castillo a sus espaldas,
cubierta con unos arcos
que al Muradal dan la cara.

Mandad los siervos y arqueros,
y que os aposten la caza,
que aunque viva, está prendida
esperando que os la traigan.

.....

Se busca sin resultado al extraño cantor y al no encontrarlo, los ballesteros se encaminan al lugar señalado en el romance. Allí encuentran una vieja edificación árabe, dentro de la cual hay un escaso manantial. Ven al hermoso ciervo aprisionado entre los arcos de la bóveda y su gran cornamenta. Los servidores del conde lo sujetan y contentos transportan su preciada carga ante la presencia de don Rodrigo. En el enfermo se inicia una bienhechora crisis y pronto recupera la salud. Las gentes sencillas lo achacan a un milagro y así queda bautizada para siempre la fuente.

Hemos dicho al principio que don Mariano «hace protagonista de esta leyenda a don Rodrigo», porque es más posible que la conseja popular se refiriera a un hecho histórico: Don Francisco de Benavides, tercer conde de Santisteban, murió al caer de su caballo cuando corría una liebre yendo de Santisteban al Castellar.

En «*El salto de Regina*» juega la fantasía un importante papel. Regina es sobrina del conde de las Infantas. (Este noble, de ascendencia santistebeña, vendió, a mediados del siglo XIX, sus bienes, a don Manuel Moreno.) En el viejo caserón solariego de la calle que hoy llaman del «Senador Sanjuán», se suceden familiares tertulias en las noches melancólicas del otoño santistebeño. Regina padece de sonambulismo y esto es motivo de preocupación para todos. En algún momento la bella joven habla de lo que ha oído referir a una vieja en uno de sus paseos a la fuente de «La Alcoba». Antes de llegar a la fuente hay un profundo

barranco y en aquel sitio, según lo oído «...un apuesto joven que marchaba a caballo, pariente de uno de los antiguos Condes de Santisteban, iba perseguido por un enemigo desconocido y cuando estaba a punto de ser preso por él, dirigió la mirada el joven a la hermosa vega, hincó sus espuelas en el vientre del animal, lo guió al precipicio y caballo y caballero fueron por el aire unos segundos, continuando en el llano su veloz carrera sin haber sufrido el más pequeño rasguño...».

El dicho de la vieja ha causado en Regina una profunda impresión, aunque los familiares se burlan de ello, motejando el caso de inverosímil, dada la profundidad de la sima.

Han pasado varios días. Ahora ha caído sobre Santisteban una fuerte nevada. Los contertulios de la velada se despiden, como siempre, en su momento acostumbrado y en el viejo caserón se hace el silencio. Todo parece descansar...

«Las dos y media de la mañana serían, cuando en un lienzo blanco cual extraño sudario, apareció un bulto en la puerta de la casa del Conde de las Infantas, y sin detenerse un momento, pisando en la nieve y como quien huye de un enemigo que le persiguiera, con agilidad en el andar y con extraña resolución, sin volver la cabeza atrás, baja el fantasma por la estrecha calle del Conde hasta llegar a una plazoleta que desemboca en un barranco...»

Así lo cuenta el señor Sanjuán.

Los servidores del conde persiguen con ahínco la extraña figura que ellos han creído reconocer y así llegan tras ella hasta la sima de la que en un principio se habló. Dan voces llamando a Regina. Casi alcanzan el cuerpo que cubre el blanco sudario, pero ésta, haciendo un último esfuerzo, se desprende de sus perseguidores y «da un salto y vuela a través del espacio, desapareciendo en lo profundo del abismo».

Por fin el grupo de hombres consigue llegar al fondo del barranco. Siguen gritando el nombre de Regina, hasta que deciden seguir las huellas que ha dejado en la nieve y así llegan a las mismas puertas de la casa solariega del conde de las Infantas.

«...Arrebujada con las ropas de la cama, excepto una de las sábanas, encontraron a Regina, el Conde, Esteban y el viejo servidor; después de observarla detenidamente, como el sueño de la joven era

uniforme y tranquilo, no quisieron despertarla, dejándola dormir hasta la mañana siguiente... Unicamente aquel día y algunos de los siguientes, la sonámbula se quejó mucho de grandes dolores e inflamaciones en las piernas...», prosigue don Mariano, y más adelante: «...Prodigiosa fue la caída que no produjo el más pequeño rasguño, y habiéndose propagado posteriormente noticia tan extraordinaria por los pueblos de la comarca, fue designado por el vulgo el sitio donde tuvo lugar tan peligrosa caída con el nombre, que perpetúa el hecho, de «El salto de Regina», que es con el que actualmente se le conoce en el Condado de Santisteban...».

Y por último, en «*El gato negro*», don Mariano Sanjuán vuelve al tema oriental comenzando: «...Aún recuerdo con mucho gusto cuando de niño oía contar una tradición del célebre Castillo de Santisteban del Puerto, y parece que oigo la voz de la simpática vieja Mariquita Reyes, una anciana criada de la casa, que al narrarla repetía aquellas palabras atribuidas al jefe moro momentos antes de abandonar la fortaleza.

Castillo bermejo,
te encontré muy pobre,
muy rico te dejo...»

Juan Francisco, el protagonista, después de un día de trabajo agotador en la era, sueña algo extraordinario. Se encuentra en lo alto del cerro en que está enclavado el castillo de San Esteban y al pie de las murallas, que contempla en nebulosa, aparecen ante él los objetos de una forma imprecisa y vaga. De pronto y sin explicarse de dónde, surge de aquellas brumas un enorme gato negro. El animal anda un trecho y luego, en la base de la gran muralla, araña insistentemente la tierra. Luego, nuestro hombre, oye una voz clara y precisa que dice: «¡Aquí está el tesoro!» El gato desaparece por el agujero que él mismo ha hecho y Juan Francisco, atraído por una irresistible fuerza, penetra en la galería y baja por una escalera de piedra. Llega a un recinto más amplio todo lleno de monedas, metales y piedras preciosas. Asombrado ante tanta riqueza, oye de nuevo una voz que le indica cómo proceder para ser dueño de aquel tesoro. Todo se oscurece entonces y Juan Francisco «...cree vislumbrar en la penumbra una monumental figura de árabe...» Después llega el despertar y, como es lógico, se encuentra «...tendido entre unos haces de centeno y escaña...».

Juan Francisco refiere a todo el pueblo lo que le pasa y asegura que ya la voz lo llama en pleno día, incluso cuando trabaja.

Obsesionado con la idea, se ha buscado unos jornaleros que le ayuden e inicia una excavación en el lugar visto en el sueño.

A medida que ésta avanza, Juan Francisco asegura que el gato se le presenta «...con los pelos erizados y los ojos que parecían incandescentes...» y que la voz le repite: «...¡Ahí está el tesoro! ¡Ahí está el tesoro! Sigue, sigue...».

Al tercer día parece que todo va a decidirse. El pueblo entero está pendiente del suceso y todo el vecindario, prácticamente, está en el lugar donde se excava.

Juan Francisco penetra sólo por la abertura y llega hasta el mismo borde de la escalera soñada. Y en aquel instante, los de fuera, oyen un desesperado grito de terror y angustia y ven salir del subterráneo un enorme gato negro que salta hacia las murallas y se pierde ante la vista de los asustados lugareños.

Juan Francisco es sacado del pozo en un lamentable estado. Los médicos aseguran que se trata de un derrame cerebral ocasionado por una violenta impresión. Le aplican toda clase de cuidados, pero al poco, nuestro hombre deja de existir.

«...Como consecuencia de lo ocurrido, cesaron las excavaciones comenzadas por el protagonista de esta leyenda, siguiendo hasta ahora abandonada la empresa de desenterrar los millones que durante su sueño vio tan claramente acumulados...»

Hemos dicho que la obra de don Mariano, así como su misma vida, es, en esencia, pueblo. Nada aventuramos con esta opinión, nos basta con leer sus escritos, y por si algo faltara y como remate a estos breves trazos que perfilan su personalidad, sin más comentarios, veamos la carta que pone el epílogo a las citadas «Leyendas Históricas» y que firma su entrañable amigo don Niceto Alcalá Zamora. Dice así: «...Años atrás, cuando la incansable labor de investigación histórica, honrada y culta de Mariano Sanjuán rompía los obstáculos de su natural modestia y asomaba en interesante monografía, llena de novedad y sabor local, me permití yo, sin autoridad y sólo por afecto al autor y a los lugares, unas sencillas notas de crítica.

»Hoy, ante el recuerdo del inolvidable amigo y ante la efusión de estas páginas, no cabe crítica, sino asociación al sentimiento que inspiró los cuentos, luego el acuerdo de su impresión después de morir y que ha de inspirar también la lectura.

»Es un libro para niños, que todos lo hemos sido y la mayor desgracia es dejar de serlo en absoluto; es un libro de ingenuo atractivo que para familia se compuso y se imprime, porque en el rincón donde interesa, especialmente, raigambre de afecciones dilataron la familia espiritual del autor, a la que me enlaza la gratitud y la honda estimación de un noble espíritu.

»Son páginas claras, sobrias, sencillas, que apoyándose en el amor del suelo natal, quieren despertar en la niñez la evocación y el gusto de la historia, ofreciendo a los tiernos espíritus, la visión de razas y civilizaciones, la majestad primitiva épica de stirpes y ritos, el alma musulmana siempre oculta y encantada en Andalucía, el vivir tedioso y sombríamente novelesco de las antiguas y nobles familias de los pueblos, el bandidaje abrazado a las discordias civiles, la tradición popular, trágica o maliciosa, siempre española en el dolor o en la murmuración..., es una prueba más de devoción a unos parajes que fueron el amor de una vida...»

III

JACINTO HIGUERAS FUENTES

Nace el futuro escultor en esta villa el día 22 de febrero de 1877. Fue bautizado el 25 del mismo mes en la parroquia de San Esteban por don José Curiel, pariente suyo. En la partida correspondiente, inserta al tomo 5.º, folio 215, se consigna que se le puso por nombre Jacinto, Alejandro, y que era hijo de Modesto Higuera Curiel y María del Carmen Fuentes Martínez.

En el discurso de don José Francés, pronunciado en el acto de recepción pública como académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando de don Jacinto, se condensa en breves palabras lo que fue el inicio de su vida artística.

Allí se nos dice: «...No siempre en el desandar camino de una vida ilustre el biógrafo halla el contento desinteresado de los progenitores frente a la sorpresa de un afán distinto al que ellos se dieron por entero.

»Pero esta vez, sí. Los padres de Jacinto Higuera estimulan, no recortan ni traban la suerte ilusionada del hijo; la insólita aventura de irse al mundo con lápices, pinceles y corazón. Nada más. Porque el mozo, que sería escultor con el tiempo, iba para pintor, y más antes le hechizaron alma y manos el embrujo de la música, cuando su precoz adolescencia.

»Llega a Madrid a los diecisiete años, con la voluntad deseosa de acercarse a don Federico de Madrazo y suplicarle enseñanza.

»Pero coincide su arribo a la Corte con la muerte del ídolo ensañado desde el remoto pueblecito andaluz. Colgaduras negras y la bandera acresponada en los balcones de este mismo edificio donde el mozo jienense había de entrar con todos los honores medio siglo después. En la rotonda del Museo del Prado, bajo el Cristo de Velázquez, metido en un féretro, entre luces lívidas y flores pomposas, se exhibía el cadáver del director de la Academia de San Fernando y del Museo Nacional, aquel viejecito de perilla blanca y finas gafas de oro, cronista pictórico de las elegancias e inteligencias de su tiempo.

»Higuera se sintió como desamparado y extraviado. Alguien le sugirió que sus dibujos eran más de escultor que de pintor.

»Y probó fortuna en el estudio de Querol, donde estuvo tres años. Luego entró en el estudio de Benlliure, donde trabajó como ayudante cerca de nueve.

»Su juventud, apasionadamente modesta, no sentía aciciamiento ni prisa de ser libre. Amaba a su maestro con un fervor que los años no han disminuido. Como a la orilla de un suave regato en las moradas del crepúsculo, se le iba el tiempo entre sueño melancólico y resignación quieta...»

Contraía matrimonio en 1909, concretamente el día 9 de enero, en la parroquia de San Esteban, con doña Juana Cátedra Segura. Por cierto que aquella unión fue bendecida por aquel inolvidable y simpático sacerdote, que yo ya conocí viejecito y ciego, don Juan Munar Higuera.

La predisposición artística parece que fue algo consustancial con esta gran familia. Sin ir más lejos, su hermano Modesto fue un magnífico dibujante y es justo hacer notar que fue cierta la afirmación de don José Francés, de que aquella aventura de Madrid la alimentaron los propios padres.

Su obra se va abriendo camino y ya empieza a hacerse notar. En 1913 se encuentra modelando el busto de don José del Prado y Palacio, que exhibe luego, en 1915, y fuera de concurso, en la Exposición Nacional de Bellas Artes, «...mereciendo de los críticos y de las personas inteligentes justos elogios por el acierto y verdadera inspiración con que está hecha...».

Jacinto regala esta obra al Museo Provincial de Bellas Artes de Jaén.

También de 1915 data la maqueta del monumento a Cervantes que presenta a la exposición de bocetos junto con el arquitecto don Victoriano Ortiz y el escultor Jorroto.

De la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1917, dice nuestro comprovinciano Alfonso de Viedma: «...Yo no conozco al celebradísimo escultor de Santisteban. A pesar de esto —y tampoco conocía del todo su obra—, cuando fui a la Exposición, llevaba el convencimiento de que quien me produciría la más vigorosa sensación artística sería Jacinto Higuera. Y era así como yo pensaba, porque quienes vieron sus producciones me hablaron de ellas con elogio y me citaron sus repetidos triunfos artísticos... Yendo con el ánimo sereno y desprovisto de prejuicios, es más fácil que una obra bella, ajustada, artística, nos cause la debida impresión, la impresión que debemos sentir al mirar fríamente una obra humana, a la que no nos ligan vínculos de afecto ni de adversión. Por eso yo temía que, con el bagaje de los elogios, mi espíritu —nada entendido en cuestiones de arte— que sólo juzga por impresión, no sintiese el menor sobresalto ante las esculturas de Higuera... Mis temores, sin embargo, se desvanecieron, tan luego me hallé ante las obras del artista. Aquella cabeza del «Andaluz veterano de la guerra de Africa», tiene una expresión tan enorme, aquella frente, aquella cara surcada por profundas arrugas, dan una sensación tan intensa de virilidad y de energía, que nuestro ánimo, recogido, reconcentrado y sumiso, queda pasando largo rato ante la obra genial. Este labriego, con su nariz corva,

rotunda, es el noble campesino que, conducido hábilmente, puede llegar a la cima en empresas briosas, puede derramar su sangre por España en los campos de Bailén o en las tierras marroquies...»

En este mismo año de 1917 trae a Jaén el modelo reducido de la imagen de San Juan de Dios que habría de destinarse para el altar mayor de la iglesia del Hospital Provincial. La escultura se hacía por encargo de la esposa del marqués de Foronda, la Excm. señora doña Mercedes Gómez Uribarri.

De este boceto ya decía Pompey que «...la figura arrodillada en el momento de morir ha sido la inspiración del artista, de lo que hizo una obra tan fuerte de expresión y de serena armonía de líneas y modelado que seguramente será la admiración de sus paisanos los de Jaén...».

En 1919 ya tiene terminado el San Juan de Dios y al que deberá al poco su más alto timbre de gloria.

En 1910 había obtenido la segunda medalla de la Nacional por uno de los relieves destinados a su gran monumento de «Las Batallas», y en 1916 conseguía la medalla de oro de la Internacional de Panamá por su genial «Manijero andaluz».

En 1920, como apuntábamos, «San Juan de Dios» es primera medalla de la Nacional de Bellas Artes.

Es curioso anotar que a esta misma exposición llevó Jacinto Higuera otra obra: «Bética», un desnudo lleno de simbolismo de la Andalucía indolente pero esperanzada.

De ella decía Dionisio Jordán: «...”Bética” es, ante todo, un desnudo bien hecho. Sobrio de líneas, justo de proporción, suave de modelado, este mármol tiene todas las características de una Afrodita clásica... presenta una expresión facial interesante, en ella como en las Venus de Scopas la ondulación muy acentuada de los labios carnosos, permite adivinar una fuerte pasión interna y casi dolorosa, que refleja en toda su integridad el carácter trágico, apasionado y sensual que viene a ser la esencia del inmortal espíritu de Andalucía...»

Hoy, este magnífico mármol forma parte del monumento a Jacinto Higuera, y su blancura es como una sonrisa que separa el arrayán de



Monumento a Jacinto Higuera en su pueblo natal

Se le encarga la ejecución del monumento a Alfonso X en Murcia y el «paso» de la Flagelación de Pamplona. En 1942 reverdece sus laureles consiguiendo el premio extraordinario de la Exposición Nacional de Barcelona con el bronce «Cabeza de campesino andaluz».

El día 23 de octubre de 1944 se le recibe como académico de número de la de Bellas Artes de San Fernando y pronuncia su discurso de ingreso sobre el tema «Martínez Montañés y la imaginaria religiosa». Le contesta, haciendo su semblanza, el Excmo. señor don José Francés y Sánchez-Heredero.

Aquellos incipientes modelados de sus años niños vuelven ahora, con su magisterio bien ganado, buscando la tierra, la escondida geografía de su pueblo. En el «Cristo del Perdón», su última obra, se mezclan ya las manos fuertes de Jacinto y los dedos sarmentosos de la Muerte.

Por aquí anduvo, entre humos de cirio, soledad de capillas y murmullos de sacristía, vagando, con la mirada perdida en las bóvedas góticas de San Esteban. De vez en cuando repetía: «¡Los pies... cuidado con los pies...!» Los pies y las manos de Cristo, que siempre fueron para él los de un Hombre en toda la extensión de la palabra.

Y al poco, allá en Madrid, al lado de sus hijos, junto a aquella extraordinaria Lola Palatín, de estirpe de artistas, su segunda esposa, dejó de existir Jacinto Higuera el día 20 de noviembre de 1954.

Consiguió, cosa rara, ser profeta en su tierra. Porque fue sencillo y carne de nuestra carne, y al recordar ahora aquel «Réquiem apasionado por un escultor», que escribiera su propio hijo Modesto, yo pongo al final los versos de Machado con los que abría su oración:

«...Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.»

Sin casi. Desnudo se fue para siempre por esos caminos de Dios.

El Museo de Jacinto Higuera

Mención especial merece el museo dedicado en esta villa a la obra de Jacinto Higuera Fuentes. Las instalaciones, aunque no todo lo am-

plias y adecuadas que fuera de desear, están sitas en locales anejos a la Casa Ayuntamiento.

Hasta la fecha, y por esta improvisación que caracteriza todo lo que de cultural afecta a los pueblos pequeños, más dados a veleidades que a una auténtica formación del espíritu que los libere de la clásica rutina de cada día, no se ha dado al museo el timbre oficial que le corresponde. De ahí que sea por muchos desconocido.

Por eso no desaprovechamos esta ocasión para dar una llamada de atención, exponiendo, aunque sea de una manera muy concisa, lo relacionado con su fundación y con su interesante contenido.

Su segunda esposa, la Excm. señora doña Dolores Domínguez Palatín, «...aquella nueva estrella que mostraba al artista la ruta que había perdido en sus horas de dolor...», aquella excepcional mujer de feliz memoria, tuvo, junto con sus hijos, la generosidad de donar al pueblo natal de su marido, todo lo que a su muerte se conservaba en el estudio.

En 1963 se firmaban en Santisteban del Puerto las siguientes capitulaciones:

«En Santisteban del Puerto, a seis de enero de mil novecientos sesenta y tres, reunidos: De una parte, don Marcial Medina Berzosa, Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de esta Villa, en representación de la Corporación Municipal, y de otra, doña Dolores Domínguez Palatín, viuda de Higuera, y sus hijos don Modesto, don Luis y don Jacinto Higuera Cátedra, y don Augusto y doña María de los Dolores Higuera Domínguez, todos mayores de edad y vecinos de Madrid, a excepción del señor Alcalde-Presidente y don Luis Higuera Cátedra, que lo son de ésta.

Interviniendo en su derecho propio y con la capacidad legal necesaria para obligarse

E x p o n e n

1.º—Doña Dolores Domínguez Palatín y sus hijos, son dueños de los originales de la obra escultórica del fallecido laureado escultor y Académico don Jacinto Higuera Fuentes, hijo de esta Villa, y cuyos originales se encontraban a su fallecimiento en el estudio de su hijo, el también escultor don Jacinto Higuera Cátedra.

2.º—Que deseando los herederos de don Jacinto Higuera Fuentes, honrar su memoria y conocedores del cariño que el mencionado escultor sentía por su pueblo natal, Santisteban del Puerto, acordaron donar toda su obra original, antes mencionada, al Ayuntamiento de dicha Villa, para la erección en la misma de un Museo permanente, y para ello, de acuerdo con el Municipio, acordaron las siguientes

E s t i p u l a c i o n e s

1.ª—Toda la obra original donada por la familia Higuera, y que se relaciona en catálogo aparte, firmado por las partes contratantes y los testigos, pasa a ser propiedad del Ayuntamiento de Santisteban del Puerto (Jaén).

2.ª—Doña Dolores Domínguez Palatín y sus cinco hijos, don Modesto, don Luis, don Jacinto Higuera Cátedra y don Augusto y doña María de los Dolores Higuera Domínguez, se reservan el derecho de poder sacar aquel o aquellos originales que estimen oportuno, para su reproducción, debiendo estar nuevamente el original en el Museo en el plazo máximo de cuatro meses.

Este derecho se considerará totalmente extinguido al fallecimiento de la viuda e hijos del señor Higuera Fuentes, sin que a partir de entonces pueda ningún otro familiar sacar, bajo ningún pretexto, obra alguna del Museo.

3.ª—Por su parte, don Marcial Medina Berzosa, como Alcalde-Presidente del Ayuntamiento y en virtud de las amplias facultades que por el Pleno de la Corporación le fueron concedidas, en sesión de cuatro de Agosto de mil novecientos sesenta y uno, para aceptar la donación y fijar las cláusulas consiguientes, al recibir ésta y para que la memoria y la obra del Académico don Jacinto Higuera Fuentes perdure de generación en generación, se compromete a lo siguiente:

A).—El Ayuntamiento de la Villa de Santisteban, como propietario de la obra original del Sr. Higuera Fuentes, se compromete al mantenimiento del Museo que con dicha obra ha sido creado en el piso segundo de la casa número 8 de la Plaza del Generalísimo de esta Villa, propiedad del Municipio.

B).—Se obliga, por su parte, dicho Ayuntamiento a mantener con decoro las instalaciones del Museo, cuidando en todo momento de la integridad de la obra escultórica en él existente.

C).—Bajo ningún concepto autorizará el sacar los originales del citado Museo, ni hacer en él reproducciones de los mismos, a excepción de lo estipulado en la cláusula segunda.

D).—Para la mayor difusión y conocimiento del Museo Higuera, procurará el Ayuntamiento hacer cuanta propaganda esté en su mano, editando una guía de las obras existentes en el mismo y, cuando sus medios económicos lo permitan, dará a la publicidad por todos los medios la existencia del mismo.

«Así lo han convenido y para que conste se extiende por duplicado el presente documento que, leído y hallándolo conforme, ratifican las partes, firmando con dos testigos que presencian la lectura y asentimiento por los mismos en la fecha y lugar antes indicados.» Siguen luego las firmas.

Relación de las obras tal y como van reseñadas en el catálogo

Cabezas y bustos

- 1.—Busto tamaño natural de Vázquez de Mella.—Escayola imitación bronce.
- 2.—Busto tamaño natural Ramón y Cajal. Escayola imitación terracota.
- 3.—Busto tamaño natural doña Blanca de los Ríos. Escayola imitación terracota.
- 4.—Busto tamaño natural doctor Pasteur. Escayola imitación piedra.
- 5.—Cabeza tamaño natural Manuel del Palacio. Escay. imit. piedra.
- 6.—Busto de Ruiz-Giménez. Escayola imitación bronce.
- 7.—Busto del embajador de Colombia. Escay. imitación terracota.
- 8.—Busto de José Antonio Primo de Rivera.—Escayola imit. bronce.
- 9.—Cabeza de José Antonio Elola. Escayola imitación bronce.
- 10.—Cabeza del capitán Santiago Cortés. Escayola imitación bronce.
- 11.—Busto de Montejo.—Escayola imitación bronce.
- 12.—Cabeza de Romero de Torres. Escayola imitación bronce.
- 13.—Cabeza del pianista Rubinstein. Escayola imitación bronce.
- 14.—Cabeza de Félix Loreno. Escayola imitación bronce.

- 15.—Cabeza de «Corinto y Oro», crítico taurino. Escayola imit. bronce.
- 16.—Cabeza de desconocido. Escayola imitación terracota.
- 17.—Cabeza del poeta Rafael de Urbina. Escayola imitación bronce.
- 18.—«Aurelia» de «Febrerillo el loco». Escayola imitación bronce.
- 19.—Cabeza de la señora de Milanés. Escayola imitación bronce.
- 20.—Busto de Martínez Montañés. Escayola imitación bronce.
- 21.—Cabeza del cónsul inglés Jhon Milanés. Escay. imitación bronce.
- 22.—Cabeza de Mario Méndez Bejarano. Escayola imitación bronce.
- 23.—Cabeza de José Francés. Escayola imitación bronce.
- 24.—Cabeza de Alfonso, fotógrafo del rey. Escayola imitación bronce.
- 25.—«Terrateniente Andaluz» (Herrera). Escayola imitación terracota.
- 26.—Cabeza de Alonso Castrillo. Escayola imitación terracota.
- 27.—Busto del general Saro. Escayola imitación bronce.
- 28.—Cabeza de Luis Higuera Catedral. Escayola imitación mármol.
- 29.—Cabeza de Modesto Higuera Catedral. Escayola imitación mármol.
- 30.—Cabeza de Jacinto Higuera Catedral. Escayola imitación mármol.
- 31.—Cabeza de Augusto Higuera Domínguez. Escayola imit. terracota.
- 32.—Cabeza de Mari-Lola Higuera Domínguez. Escayola imit. terracota.
- 33.—Cabeza de Vivero. Escayola imitación terracota.
- 34.—«El manijero andaluz» (1.^a medalla Exp. Nal.) Escay. imit. barro.
- 35.—Busto de «Bella desconocida». Escayola imitación mármol.

Obra religiosa

- 36.—San Juan de la Cruz. Escayola imitación terracota (22 cm.).
- 37.—«Cristo de la Expiración», Pamplona. Escy. imit. mármol (93 cm.).
- 38.—«San Juan de Dios» (medalla de oro Exp. Nal.). Escay. tamaño natural imitación madera.
- 39.—Niño Jesús. Boceto en escayola imitación madera (46 cm.).
- 40.—Cabeza tamaño natural Nazareno de Ubeda. Esc. imit. barro cocido.
- 41.—Cristo del Perdón. Escay. tamaño natural imitación madera del existente en Santisteban del Puerto.
- 42.—San Juan Bautista. Escayola imitación barro (Navas de San Juan).
- 43.—San José, Escayola imitación terracota (Seminario de Jaén, 90 cm.).
- 44.—Virgen Inmaculada. Escayola imitación mármol (Colombia).
- 45.—San Ginés. Escayola imitación terracota (Sabiote), 67 cm.
- 46.—Cristo de la Buena Muerte. Escayola imitación madera tamaño reducido del de la Catedral de Jaén. 103 cm.

- 47.—Corazón de Jesús. Escayola imitación barro cocido del existente en Madrid PP. Jesuitas de la calle Ayala, de 85 cm.
- 48.—Estudio original para el paso de «La Flagelación». Escayola imitación terracota (Pamplona). Figuras de unos 38 cm.
- 49.—Cabeza original Cristo de los Caídos de Jaén. Escayola imitación madera policromada a tamaño natural.
- 50.—Cabeza de Dolorosa. Escayola imitación terracota tamaño natural.
- 51.—Cabeza de Dolorosa. Escayola imitación madera policromada de la original existente en Jaén, tamaño natural.
- 52.—Estudio de dos angelotes. Escayola imitación madera, 20 cm.
- 53.—Fragmento en escayola Niño Jesús de la Virgen del Collado de Santisteban del Puerto, 50 cm.
- 54.—Fragmento de Niño Jesús desnudo. Escayola imit. bronce, 56 cm.
- 55.—Estatuita de Nuestra Señora del Collado, mayólica, de 33 cm.
- 56.—Estudio de Cabeza de Cristo. Escayola imit. mármol, 15 cm.
- 57.—Virgen de rodillas. Escayola imit. mármol, 57 cm.
- 58.—Boceto estudio de San Juan Bautista. Escayola imit. terracota.
- 59.—Imagen de la Virgen con Niño. Escayola imitación mármol.
- 60.—Boceto para Sagrado Corazón de Jesús. Escayola imit. terracota.
- 61.—Cabeza de Virgen. Escayola imitación barro, de 18 cm.
- 62.—San Pompilio. Boceto mayólica del existente en los PP. Escolapios de Madrid, 54 cm.
- 63.—Cabeza estudio de Cristo. Escayola imitación terracota, 16 cm.
- 64.—Boceto monumento Sagrado Corazón de María de Córdoba. Barro.
- 65.—Boceto Virgen de la Almudena. Escayola imit. barro cocido, 54 cm.
- 66.—Padre Almansa. Boceto escayola imitación madera del original existente en Colombia, 64 cm.
- 67.—San José con el Niño. Boceto escayola imit. barro, 48 cm.
- 68.—Boceto de Jesús Yacente en mayólica, 26 cm.

Obra varia

- 69.—Francisco Clavijo, cabeza relieve, escayola imit. bronce, 36 cm.
- 70.—Maqueta del monumento a Martínez Montañés de Alcalá la Real. Escayola imitación piedra y bronce, 20 cm.
- 71.—Maqueta del plinto monumento al General Saro en Ubeda. Escayola imitación piedra.

- 72.—Monumento a Palacio Valdés. Escayola imitación mármol, piedra y bronce del original existente en Avilés.
- 73.—«Bética». Escayola imitación mármol, original existente en Santisteban del Puerto en el monumento al autor.
- 74.—Estatua del General Saro. Escayola imitación bronce, 62 cm.
- 75.—Estatua de Prado y Palacio. Escayola imit. bronce de 63 cm.
- 76.—Boceto de estatua de Martínez Montañés. Escayola imitación barro cocido.
- 77.—Placa relieve escayola imitación bronce del existente en el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza. Andújar, de 35 cm.
- 78.—Medallón relieve de Roberto Domingo. Escay. imit. bronce, 32 cm.
- 79.—Medallón bajo relieve Isabel II. Escayola, 13 cm.
- 80.—Medallón bajo relieve Luisa Menarguez. Esc. imit. bronce, 38 cm.
- 81.—Estatua estudio desnudo. Escayola imitación bronce, 38 cm.
- 82.—Medallón relieve de Angélica Palma. Escayola imit. bronce, 18 cm.
- 83.—Miniatura relieve. Escayola, 8 cm.
- 84.—Trofeo ecuestre S. E. el Jefe del Estado. Tres figuras con plinto de madera. Escayola imitación bronce.
- 85.—Estatua del Caudillo. Escayola imitación bronce, 30 cm.
- 86.—Fragmento tamaño natural cabeza guerrero. Escayola. Del monumento de «Las Batallas», de Jaén.
- 87.—Cuatro estudios de guerrero para el mismo monumento.
- 88.—Estudio de guerrero para el mismo monumento. Escayola imitación bronce.
- 89.—Estudio de cabeza de guerrero para el mismo monumento en escayola imitación bronce, de 11 cm.

Escayolas por restaurar

- 90.—Estatua de la Victoria, de 73 cm.
- 91.—San Eduardo, escayola, de 75 cm.
- 92.—Padre Almansa, escayola, de 65 cm.
- 93.—San Juan de Dios con pobre en brazos, escayola, de 54 cm.
- 94.—Boceto del Nazareno de Ubeda, escayola, de 89 cm.
- 95.—Boceto de la Virgen de Fátima, escayola, de 115 cm.

- 96.—Boceto de San Rafael y grupo con ángeles (Cañete de las Torres).
- 97.—Cabeza tamaño natural del poeta Fernando de los Ríos.
- 98.—Relieve con perfil, escayola, de 54 cm.
- 99.—Relieve tríptico, en escayola, de 52 centímetros.
- 100.—Cabeza tamaño natural, barro cocido, del P. Vitoria.
- 101.—Fragmento mutilado de la cabeza de la madre de García Lorca.
- 102.—Busto tamaño natural de desconocido.
- 103.—Niño Jesús vestido, de 50 cm.
- 104.—Angel para Oración del Huerto, boceto de 86 cm.
- 105.—Boceto de la Dolorosa, Santisteban del Puerto, 61 cm.
- 106.—Virgen de Alcalá, escayola, de 86 cm.
- 107.—Cabeza tamaño natural de Alcalá Zamora.
- 108.—Cabeza tamaño natural de desconocido.
- 109.—Fragmento mutilado de Redondo Acuña.
- 110.—Cabeza tamaño natural de Prado y Palacio.
- 111.—Cabeza tamaño natural hija de Saro.
- 112.—Cabeza tamaño natural de hijo de David Moreno.

FRANCISCO CLAVIJO GUERRERO

No es fácil, aunque parezca lo contrario, hilvanar unas cuartillas que nos recuerden la figura de aquel don Paco, entrañablemente santistebeño.

Yo me confieso vencido por la maraña que oculta su vida de poeta.

De una parte, sus versos, se esfuman como si alguna mano misteriosa se empeñara en ocultarlos; de otra, los «In Memoriam» de sus coetáneos, que más que darnos la exacta medida de lo que fue don Paco, parece como si pusieran todo su empeño en hacer que sus cristales, por un capricho óptico, siguieran desvirtuándonos la figura.

En los tiempos que preceden a su muerte, Enrique Mota, Bernardino Muñoz, José Antonio Fernández Pastor, etc., hablan y hablan de él, pero apenas si comentan algo que vaya más allá de la faceta filantrópica.

Para mí que se precipitan acuciados por el cariño o se ciegan por una luz que no encaja, que no corresponde. Porque pese a que «filantro-

pía» y «caridad», en rigor etimológico, parecen sinónimas, amor al género humano, puede señalarse entre ambas una clara diferencia, si analizamos desde una postura cristiana.

Filantropía apenas si es un amor al prójimo, pero sin el prójimo, como se diría de los tiempos del Despotismo Ilustrado, y la caridad es corriente espiritual, es entrega de cuerpo y alma.

Digo esto, porque a mi modo de ver, y que me perdonen sus panegiristas, don Paco era, decididamente, nada más y nada menos que «todo un hombre rebosante de caridad».

Un filántropo ve la desgracia de la humanidad desde las almenas de su castillo; don Paco tendía su mano junto a la sarna, y no por un deber profesional, y los mocos de los niños desnutridos se pegaban al forro de su chaqueta.

Pero todo esto, al fin y al cabo, es lanzar golpes en el vacío. Falta base para levantar el edificio. Muy lamentable, pero cierto.

Por eso, mejor sería titular la brevedad de estos datos: «Don Paco Clavijo, manual de oscuridades». Aquí apenas si aparecerán algunas cosas ciertas y seguras, lo demás será pura impresión, visiones fugaces de mi infancia, palabras de aquí y de allá, nada, acaso fantasías...

Nace Francisco Clavijo Guerrero el 8 de enero de 1883. Consigno el detalle de su partida de bautismo inscrita al tomo 7, folio 165, de la parroquial de San Esteban, que dice así: «12 de Enero de 1883.—Bautizó don José Curiel.—Nació el día 8 de Enero a las nueve de la mañana.—Nombre: Francisco Javier.—Hijo de Rafael Clavijo y María Josefa Guerrero.—Abuelos paternos: Francisco Javier y María Manuela Merino. Maternos: Manuel y María del Carmen Higuera.—Fue madrina: Juana Morcillo.»

Estudia sus años de bachillerato en Baeza, y luego, en Madrid, Medicina. Hace oposiciones a internista del hospital de la Princesa y, ganadas éstas, pasa allí seis años de profundo estudio. Es conocido que el doctor Salas Vacas, a la sazón director del manicomio de Leganés, siente por don Paco un inmenso cariño.

Pudo llegar y abandonó. Sin duda la fuerza «pilonguera» de su tierra nos lo trajo.

En julio de 1911 se le nombra médico en nuestro pueblo. Organiza en su casa aquel hospitalico que todos recordamos y ya se ha convertido en la panacea de todos los problemas del pobreterío local.

En 1917 se le concede la cruz de Beneficencia, que posee en sus clases 1.^a y 2.^a

En 1918 se le nombra inspector de Sanidad en esta villa y en 9 de junio de 1920 se da el nombre de «Paco Clavijo» a la hasta entonces calle Lealtad.

Hay un lapsus de tiempo en el que es de suponer abandonara el ejercicio de la Medicina, y en octubre de 1926, por renuncia de don Ezequiel García Gormaz, se le nombra de nuevo interinamente. En diciembre del mismo año se le concede la plaza en propiedad, que juntamente con él habían solicitado don Felipe Sancho Sascassas, de Jaén, y don Benito de la Torre Garrido. En el cata correspondiente se significa: «...por haber desempeñado el cargo en propiedad e interinamente, distinguiéndose extraordinariamente en épocas de epidemias...».

En 1927, la Academia General de Ciencias, Buenas Letras y Bellas Artes de Córdoba, le elige correspondiente en la provincia de Jaén.

En 1944 se le declara hijo predilecto de la villa de Santisteban del Puerto y se perpetúa su nombre en una lápida, en mármol y bronce, en la que sus inconfundibles facciones se deben a la mano de Jacinto Higuera.

El punto final de su vida se escribe el 23 de enero de 1946.

El genio y la figura

En don Paco, lo que resalta a primera vista, es la paradoja de su cuerpo mínimo y su espíritu de gigante.

En lo físico recuerda a ese personaje, menudo, de grandes bigotes (don Paco los lució bastante tiempo), con nervios de saltamontes, que Agata Christie hizo famoso con el nombre de Hércules Poirot.

Como este belga popular, los ojos inquisidores y la exagerada amplitud de la frente en don Paco, denotan inteligencia.

Y la tuvo. No cabe duda. Hizo ostentación de ella, no sólo en su profesión, sino en lo que más nos interesa ahora, en su vocación literaria.

No es caso de precisar en este momento de qué o por qué le nació a don Paco su tierno aliento de poeta. Poco importa eso. Acaso le sirvió de acicate la perenne visión de la verde serranía de su pueblo natal.

Tal vez tuvo la culpa la absorbente melancolía baezana. ¡Quién sabe! Lo que sí es cierto es que don Paco, desde muy temprana edad, se ha fabricado su mundo de fantasía, mitad con las miserias propias y ajenas, a las que se siente llamado a buscar remedio, y mitad con sus versos íntimos, en los que su alma se desahoga.

Como tantos genios, acaso viva una vida irreal en la que no encuentran parcela los prejuicios.

Por eso, remedando un conocido slogan, afirmamos que don Paco es distinto.

Distinto, porque deja el caviar y toma el camino de las comidas pueblerinas. Distinto, porque lleva el despertador en la muñeca. Porque monta un burro con atalajes de caballo. Porque clava cruces de palo en el corazón de las encinas y luego las adorna con margaritas. Porque ata sus lentes con el primer hilo que encuentra a mano. Porque siendo la mínima expresión de un cuerpo humano gusta de los claveles grandes y reventones. Porque sana con bicarbonato. Porque siempre tuvo la enfermedad de su paciente. Distinto, en fin, porque lloró con las mismas lágrimas que su prójimo y las secó con el mismo pañuelo.

Parece ser que los primeros escauceos literarios de don Paco datan de 1905. A menos en esta fecha es la primera vez que se hace pública una obra suya. Se trata de un poema corto titulado «El fantasma». Lo dedica a su hermana Manuela, por entonces ya fallecida, y lo firma en «Madrid y Septiembre de 1904».

Estamos al comienzo. Los gustos de nuestro hombre son todavía inciertos. Se nos muestra aquí como un producto típico del post-romanticismo, a la manera de un Núñez de Arce, aunque quizás con más brillantez que aquél. Es cierto que en este pequeño poema hay una excesiva preocupación por el fondo, pero la forma alcanza a veces metas que son ya de otro tiempo, aunque el señor Cazabán, afirme en el Prólogo que hay retroceso en ésta.

«Ya la armadura

la aguda lanza y el arnés guerrero
y la maza y el casco y las cimeras
como reliquias de pasadas lides
en las mazmorras del castillo oxidan
su cuerpo de metal...

De suaves flores

da el jardín a los aires sus aromas
y en el espacio azul, con arrogancia,
las copas de los árboles oscilan
dibujando su fronda en el espejo
de la corriente que a sus pies murmura...»

He dicho que esta obrita tiene todavía un cierto aire de los pasados tiempos románticos. Bécquer, el rezagado, había muerto en 1870. Sobre todo, el tema: Un idilio que se malogra y el consabido escenario medieval, son gustos netos del Romanticismo.

Por si mi afirmación no bastara, traigo a continuación la dedicatoria jocosa del autor a don Vicente Larrubia. Dice así: «...Al sicilíptico y nomólogo Notario de Cala don Vicente L. Larrubia... Ego el empíreo representante de la antropología plástica, siento desfallecer las energías vitales de mis vísceras ROMANTICAS al dedicarte este ático engendro de mi cónica fantasía, este feto incandescente, este ser miserable, mezcla desgraciada de átomos que perdieron su equilibrio dinámico al cristalizar en las profundidades microbianas de los eternos moldes.— El autor.»

Después ya sí. Todo se aclara. En 1912 llega a Baeza Antonio Machado. ¿Lo conoció don Paco? Desde luego es evidente que leyó mucho su obra. Machado, cincel de la mejor poesía española, había dicho: «Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu...», y fiel a su palabra elimina de su poesía lo que pueda tener de superfluo para quedarse con el hondo lirismo y la sobriedad en la forma.

Es decir, la norma que acompañará a don Paco en su peregrinación poética.

Sus versos podrán ser unas veces jocosos, otras se impregnarán de un profundo misticismo, las más de las veces arraigarán en motivos eminentemente populares, pero ya siempre tendrán un molde definitivo y característico: El uso preferente del octosílabo, tan popular y de tanta raigambre en nuestra poesía.

Veamos algunos ejemplos:

En aquella «Súplica del alma al Buen Pastor», que termina:

«Ten piedad de este cordero,
líbralo de mal y daño
que quiere ser el primero
y el más fiel de tu rebaño.

Y si temblara de frío
por haberse rezagado,
al otro lado del río,
vuele por él, Pastor mío,
y llévalo a tu cercado...»

O como en un eco aquellas otras estrofas del «Consuelo del Buen Pastor al Alma»:

«No temas oveja mía
que está seguro el redil.
En toda la serranía
luce el milagro de abril.

Claros arroyos serenos,
suaves hierbas perfumadas,
las laderas alfombradas,
sol en los prados amenos.

Crepúsculo en castidades
prometen noches tranquilas,
concierto en solemnidades
de balidos y de esquilas...»

En 1940 se bendice la nueva imagen de Nuestra Señora del Collado, y don Paco le dedica un conocido soneto que titula:

Salutación

Virgen-Paloma, que al bajar del cielo
anidas otra vez en el Collado.
Sin tu amor, sin la gracia y en pecado,
un siglo de amargura fue tu vuelo.

Estrella matutina redentora,
bendice en tu bondad desde ese trono
al pueblo que murió con tu abandono
y revive a la luz de nueva Aurora.

Hasta el agua bendita de tu fuente
venimos a endulzar nuestros dolores
pidiéndote perdón humildemente.

«La nube aquella que tronchó las Flores»
hecha brisa a tus pies, sube a tu frente,
y te da, en cada beso, cien amores.

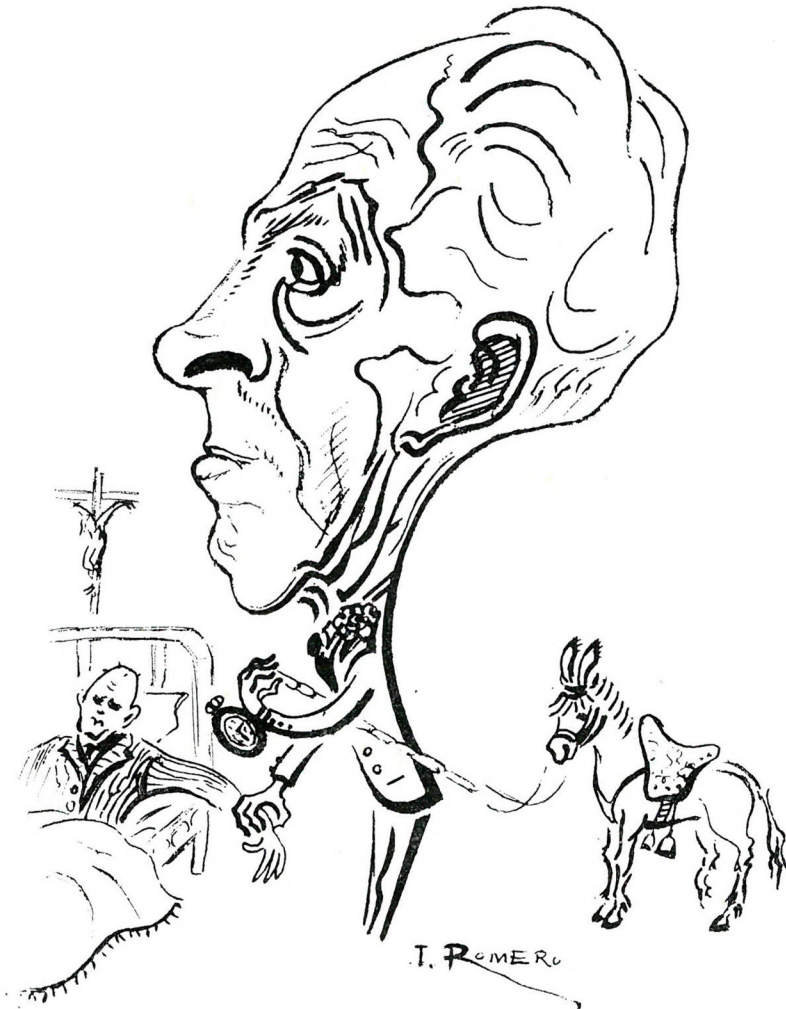
De 1927 data una composición suya que titula «Tapiz español». En ella se nos muestra como un magnífico observador de las sencillas contingencias de la vida pueblerina. Dice así:

«Es hora de algarabía.
Luce en su trono la tarde,
y aunque es invierno, el sol arde,
como arde en Andalucía.

Y alumbra como una joya
de reflejos deslumbrantes,
este motivo de Goya,
de Quevedo, de Cervantes...

Plaza de pueblo; rapaces,
ancianos, vagos, mendigos...
Mozos que miran audaces
las novias de los amigos...

La fuente con su algazara,
da en cada gota una perla
y es tan bella, que se para
el que no la vio, por verla.



Paco Clavijo visto por Romero Olid

Luciendo la pura raza
de su andaluza capona,
cruza un jinete con traza
de noble estirpe infanzona.

Y a juzgar por el ardor
de su mirada, que reta,
parece algún vencedor
en Nápoles o Gaeta...

Los rayos del sol flamean...
El boticario y el cura
discuten y se pasean...
y traman una conjura.

Con las mochilas repletas
de heterogéneas viandas,
gime un tullido en las andas
de sus torcidas muletas...

Los balcones florecidos,
las persianas levantadas,
los visillos recorridos,
las mozas engalanadas
mirando a un gentil don Juan,
atildado, que presume
de botines y perfume
y brillantina y gabán.
que espera, y no espera en balde,
pues antes baja al infierno
a lucir bastón de Alcalde,
una credencial de yerno,
aceptando el sacrificio
de dormir a la bartola,
y ganar, con este oficio,
un cocido a la española.

.....

Pasa una linda tapada.
El don Juan se despereza
lanzándose a la jornada...

El cura lo mira, reza,
y huyen..., al ponerse el sol,
vagos, viejos, transhumantes...
Fin del «Tapiz Español».
Goya, Quevedo, Cervantes...

No quiero dejar pasar por alto la perfección de un soneto, «Semblanza a Cazabán», dedicado al gran cronista de la provincia con motivo de la celebración en Jaén de otra cena jocosa. Dice:

«Pomposo nombre de feliz jornada,
Quijote disfrazado de escudero,
romántica cabeza iluminada
con la pujante kuz de romancero.

Parece un pobre fraile limosnero,
y es capaz de escribir otra Iliada
con asunto distinto del de Homero,
y otra Biblia, en sonetos inventada.

Talento y corazón, en donde fuere
perdona al mantecato que le hiere
y abraza al enemigo que se tope;
y como al santo cura al que remeda,
porque todo lo da, sólo le queda
la pluma del chambergo de Don Lope.»

En 1944, en el día de su homenaje, siente de nuevo aquel arrebató mítico y nos deja un anticipo de su despedida en unos versos en los que resplandece la serenidad de su espíritu. Se trata de aquellos que dice:

«Ya estoy viejo y achacoso.
Ya tengo el cuerpo rugoso
y está mi frente nublada...

Ya soy un árbol nudoso
con zarpazos de la helada.

Brotó por la gran herida
la savia de su corteza,
y de la pompa florida
fue sangrando con largueza
gota, tras gota, la vida.

Pobre viejo que ha perdido
perfume, frutos y flores.

En su ropaje raído
no quieren hacer el nido
los pájaros trovadores.

Y ya en alegre tropel
no acuden, bajo el dosel
de sus ramas ateridas,
las caravanas rendidas
buscando la sombra en él.

Ni en su tronco sin verdor
falto de jugo y color,
rezan ya sus madrigales
enlazadas iniciales
en juramento de amor...

Ya, ni la verde ribera
con perlas de su rocío,
ni el beso de primavera,
ni el sol ardiente de estío,
aliviarán su cansera...

.....

Porque nada se eterniza
sobre el mundo terrenal.
Porque todo es, al final,
temblor de polvo y ceniza
que se lleva el vendaval.

Yo te suplico, Señor,
que me quemes en tus llamas
cuando con brazos de amor
hagas tú de leñador
de mi tronco y de mis ramas.»

Yo no sé si don Paco llorará en el otro mundo por vericuetos de
nubes blancas, la melancolía de sus versos perdidos, pero sí es cierto
que nosotros, en este choque de espíritu y materia, hemos dejado volar
al viento sus papeles. Sus estrofas ya serán para siempre el mito de
las sombras.

Mi punto final llega con «*Tardes de otoño*», acaso la composición de don Paco que más recuerde a Antonio Machado.

En ella se vuelca todo el amor de que es capaz el corazón humano en esa tierra miserable que siempre espera:

«Serena tarde nublada,
grave preludio otoñal,
maravilla del parral
con las uvas escondidas
en el verde rutilante
de las pámpanas bruñidas.

Está el sol agonizante,
hay en el huerto frescura
y la seda de las hojas
se tiñe con sangre pura
de abiertas granadas rojas.

Zarpazos de la besana
despertarán el barbecho.

Descubre la tierra el pecho
que se enciende y se desgrana
en viva sed fervorosa
de hoguera que se difunde,
temblando como una rosa,
para que Dios la fecunde.
Ya está labrada y partida,
ya tiene la entraña abierta
como una madre rendida.

Ven a mí, simiente muerta,
que yo te daré la vida.

Abre, labrador, la mano
y tira en el surco el oro
que llevas en cada grano.

La tierra guarda un tesoro
para el que llegue temprano,
y al que su amor le confiesa
le paga con más amor,

si le jura la promesa
de regarla con sudor
y se arrodilla y la besa.

Canciones de los zagales
al tornar por los caminos.

Cegadores remolinos
de despojos estivales.

Llovizna; la oscuridad
pierde en la noche la aldea
como se pierde una idea
vagando en la inmensidad.

Pájaros en el alero,
oración en los hogares,
canciones en los lagares,
dormir de yunta y apero.

Todo se borra y perece
en la nube negra y vana
de una tristeza; parece
que no ha de llegar mañana
y que una duda fatal
nos agobia y encadena;
duda mayor que la pena
de hondo pecado mortal.

Horrores de una inquietud
que nos agobia y nos hiere.

Estrofas de Miserere
en silencios de ataúd.

Yo quiero seguir velando
porque la vida me espera
y al alba ha de estar sembrando,
amor, de mi sementera,
y he de coger mi cosecha
aunque me cueste la vida;
que es una gloria la herida
que se recibe en la brecha.

Y he de seguir mi labor
encorvado en la besana
ahogando con mi sudor
la serpiente del nirvana.

Soy un noble sembrador
que espera el sol de mañana.

.....

Nada más.

Santisteban bordó en la roja capa de su geografía el ilusionado latir de estos tres corazones. Tres ejemplos para las inquietas generaciones que buscan, que sueñan...

Yo quisiera que sus voces fustigaran la carne de esta monotonía que nos aprisiona y nos señalaran un camino esperanzado, donde la rutina se destrozara la suela de sus zapatos. ¡Dios lo quiera!